

Santiago

Crónica Literaria

Por ALONE

El Valle de la Montaña, por Oscar Castro. Prólogo biográfico de Isolda Pradel.

No es del todo fácil y requiere su tacto y su medida la representación de un escritor ilustre que su viuda debe asumir, velando su memoria, casi como un deber. Las hay que lo han tomado con tal ímpetu que crearon la expresión de "viudas abusivas". Guardianas demasiado celosas, acapararon al desaparecido para tomar su puesto sobre la tierra y exhibirse, sacándole honra y provecho. Una discreta penumbra les conviene que aleje cualquier sospecha de interés, fuera del recuerdo y la ternura.

Resulta, por eso, tan grato como es raro de hallar el ejemplo de esta devoción íntima dentro del justo límite que señalan los sentimientos veraces y profundos, al amparo de la gloria.

No faltan, por suerte, entre nosotros. Hace ya más de un cuarto de siglo que murió Oscar Castro y su nombre, desde entonces, no ha cesado de crecer. En el vigésimo aniversario de su fallecimiento, la Editorial del Pacífico publicó "El Valle y la Montaña", una colección de cuentos del poeta dignos de salvarse del olvido, con un extenso prólogo biográfico de Isolda Pradel que deseáramos comentar.

La vida, el carácter, la persona humana del autor de "Camino en el Alba" se despliega a través de notas y toques sucesivos que perfilan su figura y trazan la trayectoria dolorosa del hombre solitario y desarmado que era, en un ambiente difícil donde ella lo acompañaba y que le hacía amable.

Ninguna queja contra nadie, ningún reproche. Los hechos alzan la voz por ella. El autor que se duele de su destino, el que protesta contra la injusticia, el abandono, la especie de conspiración de las circunstancias contra un espíritu superior que llevaba su talento y su delicadeza como una carga.

Como en el caso de González Vera, al que lo unen sutiles afinidades, Oscar Castro empezó por "los oficios más diversos, desde repartidor de pan, administrador de un molino, repartidor de leche, secretario de un diputado pariente suyo, empleado de Banco, hasta llegar a librero".

Pero ¿qué librero! Llega una cliente en busca de un libro. Ahí está en venta. Pero la compradora antes de adquirirlo le pregunta si lo ha leído.

—Sí, claro.

—¿Podría llevarme un ejemplar?

Inmediatamente olvidado de su papel, el vendedor opina sin disimulos, apoyando su juicio en desalentadoras consideraciones de orden personal. Siguiendo por ese camino, habla de otra obra que acaba de leer, que a él le ha interesado y le interesará más a ella, aunque... Nuevos comentarios. Se trata de "El Infierno" de Barbusse. ¿Le gustará? Porque... La in-

certidumbre pica la curiosidad, despierta el apetito. Prefiere "El Infierno".

—Entonces, déme un ejemplar...

Toca la coincidencia de que él, justamente, no lo tiene; pero no importa; un poco más abajo, en otra librería, podrá encontrarlo.

Muchas gracias. Hasta luego.

Así es como fracasan los buenos negocios y se arruinan los malos negocios.

Sólo que el inexorable destino tiene sus razones que la razón no entiende y esa mala operación para el librero engendraría otras y otras más que iban a conducirlo, a conducirlos, mejor, a la que compraba y al que no vendía, hacia un negocio ciertamente más fructífero y rico en consecuencias.

De esa manera llegaron al matrimonio.

Y con el mismo paso cauto, leve, fino, va contando Isolda Pradel la historia de sus amores, las resistencias con que tropezaron, los obstáculos que vencieron, la mayoría más insinuados que referidos, en un encadenamiento de eslabones donde lo bueno trae lo malo y una desgracia aparente desemboca un día en la felicidad. Para repetir después la eterna alternancia.

Quien retrata se retrata. Modestamente y sin pretenderlo, Isolda Pradel traza al lado de la estampa del poeta bohemio y malaventurado, a golpes con la realidad, su propia sombra fiel, llena de energía y resignación, que salva los trances difíciles, se sacrifica alegremente y proporciona a su compañero la fuerza para resistir y trabajar hasta la última hora.

Sola después, su personalidad se afirma y la necesidad de protección la dispensa; lucha contra las adversidades conjuradas, sin ceder a las más imperiosas amenazas, con el valor que ha hecho de la mujer chilena un ejemplo para los hombres en la batalla de la paz.

Isolda Pradel pertenece a la falange de las que merecerían en estos momentos un galardón público, una recompensa de reconocimiento justiciero. No lo ha obtenido ni lo exige. Es de las que se contentan con el triunfo de los demás. Son éstos los que deberían ruborizarse ante la migaja que todavía recibe del erario nacional la viuda de uno de los grandes y buenos poetas nacionales.

ANTOLOGÍA HUMORÍSTICA DE JENARO PRIETO

(Edit. Gabriela Mistral).

Los que tantas veces, al azar de los acontecimientos públicos, echan de menos la pluma que Jenaro Prieto enristró, reciban la buena noticia de que podrán volver a divertirse con su humorismo espontáneo que se siente bullir, tan fresco ahora como ayer, recién salido del mantantal.

Su última gracia es haberse rejuvenecido. El "muerto de mal criterio" lo ha recuperado al resucitar. Son impagables de movimiento y travesura sus escenas parlamentarias en que se debate el problema dietético. Cada uno pide la palabra, en realidad, el "menú", para someter a votación sus componentes según las apetencias de su estómago. Van y vienen las réplicas y las súplicas, se exponen, imponen y proponen los distintos gustos y el golpe de mayoría cae como la mayonesa sobre el plato. Cuando los oradores desbordan de elocuencia, el señor Presidente alza la suya y ruega "en obsequio de la brevedad, que los señores diputados se abstengan de fundar sus votos. Estamos en la discusión particular del consomé".

¿Qué habría dicho, qué no habría dicho en los últimos tiempos J.P.?

Hay para meditar.

Pero no sólo en el orden político. Seleccionador acucioso e imparcial. Tomás MacHale, prologuista de la antología, incluye la arremetida, casi seria, del gran humorista contra otro que lo fue entre líneas a lo largo de su inmensa obra, para Jenaro Prieto una inmensa lata. No podía soportar a Proust. Era el año 1929. Todo cuanto dice en contra suya es cierto, incluso el peligro de que al leerlo sin entender nada de esas complicaciones infinitas, si al dormirse se había olvidado marcar la página en que terminó la lectura y empezó el sueño, bien se podía a la mañana siguiente empezar a leerlo de nuevo.

Así son los gustos.

La sabiduría consiste en no armarles discusión. ¿Qué aburridor sería el mundo si todos opinaran igual! Felicitamente no sólo varían de persona a persona y al mismo tiempo, sino también a través de las épocas; lo que permite al género histórico evitar una mortal monotonía.

Lo extraño y triunfante es el caso de un autor, de un cronista de actualidad, la más rápidamente pasajera, cuya gracia perdura intacta años y años después de su desaparición.

La de Jenaro ocurrió en 1948: "joven todavía", como dicen los viejos, MacHale reproduce la carta dirigida por él, cuatro años antes, al Director de "El Diario" donde colaboraba desde siempre. Es una carta humorística que hoy resulta patética y no puede leerse sin emoción.

Aunque formato bolsillo, las 192 páginas de la antología contienen un material tan rico dividido en: "Apuntes parlamentarios", "literatura y arte", "insituciones nacionales", "cuestiones legales y económicas", "fumadores" y "vida periodística". Lo que demuestra la variedad y riqueza de registro del humorista y que no era solamente un humorista. Las "Ediciones Septiembre" a que pertenece el volumen se inician bien.